

Bibliografía de la cronología comparada

COSSIO DEL POMAR, Felipe. *Víctor Raúl, Biografía de Haya de la Torre. Primera Parte*. México. Editorial Cultura, T. G., S. A., 1961.

Historia Viva. 150 Años de la Vida del País en las Entrañas del Mundo. 1816-1966. Suplemento del diario "La Razón", de Buenos Aires, 7 de Julio de 1966.

KINDER, Hermann - HILGEMANN, Werner. *Atlas Histórico Mundial. De la Revolución Francesa a Nuestros Días*. Madrid, Ediciones Istmo, 1971.

PARIS DE ODDONE, Blanca - FARAONE, Roque - ODDONE, Juan Antonio, *Cronología Comparada de la Historia del Uruguay (1830-1945)*. Montevideo, Universidad de la República, Segunda Edición, s. f.

SANCHEZ, Luis Alberto. *Haya de la Torre y el APRA. Crónica de un Hombre y un Partido*. Santiago de Chile. Editorial del Pacífico, 1955.

**LA HISTORIA REGIONAL:
ARRAIGO Y UNIVERSALIDAD:
AUTENTICIDAD Y TRASCENDENCIA**

GLAUCO DANIEL CABRERA

I - PRECISIONES Y RECAUDOS

"No somos, en efecto, otra cosa —cada hombre aislado, así como cada país que lo que vamos siendo— y eso recién se sabrá cuando ya seamos otra cosa, y otras encuestas pretendan descifrarla. Nuestra verdad actual no puede en consecuencia recomponerse como una suma de opiniones circunstanciales" (W Lockhart, "Tribuna Universitaria", N° 6-7, noviembre 1958).

Es un debido comienzo. Debido con la connotación de adeudado y la implicación de merecido. La operatividad analítica debe extremar su dinámica. La aprehensión de una obra —una vida, un hombre en acción creadora— conlleva, en el presente caso, la dificultad de descifrar claves que el intelecto no ha querido (no quiere) reducir a categorías codificadas (codificables), a elementos de

un sistema conceptual y se inclina ante la férrea imposición del inevitable esfuerzo racionalizador, la necesaria detención de los momentos del pensar, no sin traslucir cierta resignación o impotencia. Es la dramática encrucijada de quien aspira incorporar la experiencia histórico-cultural de la humanidad en la restringida dimensión experiencial cotidiana como vida plena y como "pasaje, medio, rodeo que nos devuelve a lo que somos"⁽¹⁾.

Reclama, por ello, la creación de una disponibilidad espiritual aligerada de "la oscura pesantez de una razón demasiado parsimoniosa y calculadora". Sólo de esta manera podrá lograrse una vía de aproximación a quien lucha por "ser el que es" (o aprende a hacerse el que es. unaminiano, agonistamente); a quien procura la continuidad inquebrantable de su "personalización", instante a instante,

(1) El Uruguay de veras, pág. 54.

acto a acto, vibrante, tenso en la fugacidad del minuto, pleno de aliento de eternidad.

Volvamos al acápito. Ante tan rutilante manifestación de historicidad, ante tan explícita —aún en escorzo— puesta a punto ontológica y crítico-metodológica, valgan estos recaudos como signo de reconocimiento y asunción de las dificultades y de la responsabilidad que implica encarar el análisis y la justipreciación de la labor historiográfica de Washington Lockhart. Debe considerarse, además, que pocos como Lockhart han hecho de la fidelidad valor tan relevante. Como exteriorización de su profundo respeto hacia las reflexiones ajenas ha destacado siempre la recomendación de Rodó: es necesario atender en medida semejante "la limitada capacidad de las palabras" y "el ambiente, la aureola, la irradiación" porque es muy seguro que "lo más intenso e importante de todo" lo que es "fermento, verbo, de la personalidad entera" se encuentre en la urdimbre entrecruzada pero ininterrumpida de la trama en movimiento del pensar y no en el prolijo desfibrado de las hebras.

"La verdad actual" de WL no saldrá recompuesta de esta aproximación. Su amplitud, su riqueza y diversidad de vertientes (temas, problemas, preocupaciones, inquietudes de momento y permanentes) y especialmente su concepción de la realidad exigen extremos de prudencia y rigor y exceden, por otra parte, los propósitos de este trabajo. Plantea el drama de la razón. Nos enfrenta a ese drama. ¿Podemos encontrar, más allá de la "suma de opiniones circunstanciales" la esencia de lo real —humano? ¿Cómo penetrar la provisoriedad, fugacidad, accidentalidad o contingencia de lo epistémico, que constituye sin embargo nuestra fatal línea de referencia? ¿En última ins-

tancia, por esencia del objeto y del sujeto, la realidad humana (histórica) es indeterminable, inaprehensible? ¿Somete tan fuertemente la historicidad y condicionalidad de las categorías analíticas que en lugar de iluminar, enmascaran lo real?

Por otra parte, convalidando la fidelidad de WL para consigo mismo, sus "opiniones circunstanciales" le expresan en la circunstancialidad y en la permanencia. No se han agotado en la temporalidad. Su virtualidad está intacta. Fundamentalmente porque aparecen ordenadas, lógicas y coherentemente, en dinámica interrelación con conceptos rectores que constituyen el sólido basamento de una obra, el "fermento, verbo, de la personalidad entera". Lo expuesto valida todo esfuerzo de simpatía y comprensión. No postula calidades ni pronuncia adjetivos. No juzga a priori. Sólo pretende ilustrar, en primer término, acerca de la actitud que la propia lectura del pensamiento de WL hace surgir y, finalmente, en relación con la unidad y continuidad de una línea de reflexión. Ella permite rescatar un ser íntegro en la fidelidad a un vitalismo afanoso de abrazar la totalidad (natural-social-cultural) para trascender y trascenderse y, en el ejercicio positivo de la libertad como *conditio sine qua non*, re-lligarse, comulgar con personas y cosas, para ser él mismo en ese constante "movimiento del ser hacia el ser". Sirvan asimismo estos conceptos como fundamento general del método adoptado para este trabajo. Será necesario detener el pensamiento (mejor, el pensar) de WL en algunos momentos claves aunque ellos no sean suficientes en sí mismos, e inmediatamente remitirlos a su lugar, en la dinámica relación de confluencia con aquellos de recíproco sostenimiento. Por todo lo dicho este es un debido comienzo.

II - LOCKHART "HISTORIADOR"

Hechas estas precisiones y estos recaudos (que procuraremos se manifiesten en el terreno concreto de la aprehensión de los aportes historiográficos de WL) bosquejemos los lineamientos referenciales y los momentos que pautarán esta investigación.

A) El "corpus" de la labor ensayística de WL es considerable. Su originalidad y sus calidades han sido justipreciadas en múltiples oportunidades por críticos de diversa orientación y enfoque.

B) Su producción histórica y biográfica ha sido también objeto de estudio y valoración por parte de destacados especialistas. Así, en afirmación que bien puede calificarse como "la significación historiográfica" de la obra de nuestro autor, Real de Azúa, expresa: "Los dos libros de Lockhart son ricos en planteos y aseveraciones capaces de fijar con mayor equidad, con mayor justeza, la función del caudillaje rural y departamental y su significación en el alumbramiento de este "Uruguay moderno" en cuyas últimas estribaciones todos (o casi todos) padecemos".⁽²⁾

En la *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, el mismo autor señala el pasar, porque es otro su tema del momento) que los "valiosos trabajos de historia regional" de WL "representan una aportación sustancial a una dirección de nuestra historiografía tan impostergable como descuidada hasta un inmediato pasado. Y si esto es así, es porque una historia de cada uno de los "pagos" del país no sería, ciertamente, la vía —dígase inductiva— de una historia del país total pero oficiaría como sólida apoyatura de cada una de las generalizaciones con que esta última tiene que armarse".

(2) CARLOS REAL DE AZÚA, "Capítulo Oriental" Nº 40, pág. 637.

Todo ello conformaría razones más que suficientes para encarar sistemáticamente la búsqueda de "planteos y aseveraciones" tan significativos para la historiografía nacional así como la de sus claves filosóficas, teórico-metodológicas y significados culturales que permitan incorporarlos cabalmente a la conciencia del país. No obstante, pensamos que existe un mayor número de razones. Y que son de mayor peso. Cuerpos ensayísticos e historiográficos de tan sustantivos valores ¿pueden suponerse desconectados, sin conceptos integradores, sin interrelaciones? Su estudio correlacionado ¿no iluminará el conjunto y las partes permitiendo, por lo menos una relectura de eventuales nuevos y provechosos descubrimientos? ¿Ocupa el interés por el pasado y por la historia un lugar relevante en el conjunto de las reflexiones de WL? ¿Existe una organicidad, una coherencia entre la reflexión filosófica (problemas, autores, etc.), y la elaboración historiográfica (personajes, épocas, problemas, etc.)?

C) Anótese, además y no marginalmente, que la producción de WL no ha tenido pausas. A las obras aludidas se ha agregado un caudal de estudios sobre diversos temas de historia regional, estudios sobre caudillos y procesos de relevancia nacional, así como contribuciones coincidentes con fastos nacionales. Todo ello, combinando la labor enjundiosa que conlleva la publicación en libros con la más apremiante publicación en revistas, diarios, suplementos especiales. Simultáneamente, su trabajo de varia temática, en literatura y filosofía, su trajinar de crítico, su reflexión o comentario de actualidad, su actividad docente. Vienen a cuento estas referencias. Tal combinación de intereses e inquietudes, de reflexiones sobre la multiplicidad de dimensiones del acontecer, acerca de situa-

ciones muy concretas y limitadas espacial y temporalmente y de problemas y cuestiones trascendentes integran en WL una actitud vital. Constituyen fundamento, resultado y proyección de una actitud vital. La cultura, en su más amplio alcance significativo "es" en Lockhart y él "es" en ella. La cultura es en él asunción plena y se expresa organizada a través de la práctica cotidiana. ¿Es lícito plantearse, entonces, la necesidad de ubicar el quehacer historiográfico de WL en el marco de sus intereses e inquietudes más amplios y generales? Hacerlo ¿no significará calar más hondamente en la comprensión de los alcances y limitaciones de su producción como biógrafo e historiador? Estos interrogantes enmarcan y fundamentan el presente intento. Constituyen, desde el surgimiento de las inquietudes germinales hasta la redacción de estos párrafos, e independientemente de sus resultados, una respuesta.

Desde ya proponemos a modo de criterios interpretativos fundamentales que pueden viabilizarse, asimismo, como hipótesis básicas de trabajo, los siguientes:

a) la historia regional configura —en su especificidad— la expresión más cabal, más auténticamente humana. Por ello, su rescate y asunción entrañan, al constituirse en inmejorables vías de recuperación de plenitudes humanas, oportunidades privilegiadas de acceder a la raigambre tradicional y, asimismo y sin contradicción, a lo universal. Conforman también riquísimas experiencias que aproximan a la Totalidad y abren cauce a lo trascendente. Postulada tal virtualidad, parece innecesario subrayar, la potencialidad que asigna el historiador a su objeto de estudio.

b) Tal concepción procede en WL de un marco conceptual delineado por dos directrices generadoras (o una doble ge-

neratriz de vías entrelazadas): sus puntos de vista filosófico-sociológicos —de amplio espectro pero de esencial filiación personalista— y una muy singular perspectiva u óptica de cuño historiográfico revisionista. La captación de tal osatura intelectual, imprescindible para la debida interpretación y valoración de la obra de Lockhart, no se ve afectada en medida alguna por la ubicación de las concepciones aludidas en su tiempo personal. Importa sustancialmente, en cambio, revelar o destacar a un primer plano, la coherencia interactiva de las referidas líneas directrices generadoras, para comprender en su real significación, el porqué y el cómo de su labor historiográfica.

III - "UN ANSIA DE VIVIR EN UN MUNDO DE SIGNIFICADOS HABITABLES

Esta reflexión crítica hace del discurso un imperativo formal. Ello, como ha quedado señalado, puede constituir un obstáculo para la comprensión del dinamismo en el pensamiento de WL. No obstante, para llegar al "historiador" (o al productor de obras históricas ya que aceptaríamos lo sustantivo del término) se torna imprescindible el rastreo y el ordenamiento de líneas y momentos del pensar, sustrayéndoles momentáneamente del decurso vital. En principio, y *ad unum*, sus reflexiones parten de, se ordenan en torno a la conciencia de que "la realidad" no puede reducirse a la de este desvalido presente, un "parsimonioso presente que va a los tropezones". Esta realidad es "ficticia" y "facticia": está constituida por "hombre y mundo, frente a frente, (que) interactúan en irreparable ajenidad. Entre ambos, una malla de ideas, ideas de ideas, conceptuales solidificadas en cosas o en

instituciones, constituyen un artificio difícil de vulnerar o asimilar". Las palabras ofician de máscaras y nos alejan de hombres y de cosas, a las que manejamos "pero a costa de su vigencia enigmática, de esa maravillosa inutilidad que en algunos momentos fugaces, pese a todo aflora y nos conmueve con la pura sugestión de su presencia"⁽³⁾. ¿Qué ha sucedido? Se vive "desconectados de nuestro real misterio", "ausentes de nuestra ausencia" porque producido el debilitamiento de las apoyaturas culturales de la Modernidad, perdida esa frágil, por mal asimilada, efímera y débil, inauténtica y supuestamente propia singularidad, ha golpeado "la pavorosa soledad del hombre libre". De allí en más, este hombre que se sintió partícipe de "ese sentido de lo absurdo en la conciencia general y cotidiana" y "se proclamó Dios cuando todavía no merecía siquiera ser llamado hombre", "se puso a crear —y a creer— un mundo".

La técnica, instrumento de su presunta labor creadora, le alejó de "su naturaleza real, de sus relaciones sencillas y verdaderas con el mundo para el cual ha sido creado". Así, constructor de un mundo ficticio, está muy lejos de saber dónde ubicarse como ser integral, porque no ha conquistado, siquiera, ese vacío. Afrontó la revisión o destrucción de valores vigentes pero no vivos. "Desde que nuestros pasos van al margen de lo real... les estamos despojando a nuestros acontecimientos íntimos la oportunidad de evolucionar dentro de un proceso nítido y resuelto, de una coherencia que los justifique en el seno de una continuidad de sentido..."⁽⁴⁾. Deviene, por consecuencia un ser de muy empobrecida virtualidad histórica, de muy limitadas posibilidades de construir su

mundo, construyéndose. Por ende, de lo que se trata es de "recuperar la unidad del hombre y del mundo, del espíritu y de la naturaleza, hacer resurgir del estatuto vigente una veracidad vital, que nos permita a nosotros, productos del azar, reabsorber ese azar, incorporarle un sentido, volverlo adecuado a nuestra acción, he ahí el único destino del cual hoy vale la pena hablar"⁽⁵⁾. Esta recuperación del sentido o significado del mundo y de la vida, se plasmará en el logro de una plenitud y una autenticidad humanas que implican la trascendencia, la comunión-comunicación (como experiencia) con lo absoluto y con "el otro"; la construcción personal. Todo ello, muy probablemente, en la fugacidad del instante privilegiado, en el encuentro con otros seres personalizados.

IV - PUNTOS DE PARTIDA Y CAMINOS

Tal toma de conciencia marca un punto de partida: "desde una desesperación segura, bien identificada" o desde "un leal reconocimiento de nuestras deficiencias esenciales" podría darse "a nuestra inexistencia una posibilidad más limpia de salir de sí. Asumido lealmente nuestro cero, fundamentada debidamente nuestra esterilidad, cabría alentar recién formas aceptables de esperanza"⁽⁶⁾. ¿Cómo lograr esa personalización que implica (impone) un vitalismo totalizador —trascendentalista, que se tensa en un afán realizador— autorealizador, concreto y situado y en un impulso hacia un "más allá", no contingentes, recíprocamente necesarios, irreductibles e irrenunciables? Reencontrando al mundo y al hombre verdaderos a partir de "algún

(3) WASHINGTON LOCKHART, La realidad que nos dan, en "Tribuna Universitaria" Nº 6-7.

(4) WASHINGTON LOCKHART, Sobre nuestra intrascendencia, en "Asir", Nº 38.

(5) LOCKHART, La realidad... etc., op. cit.

(6) LOCKHART, Sobre nuestra... etc., op. cit.

resto de autenticidad". Ello será posible "en ese hombre común en el cual no podemos dejar de confiar nunca, pues por debajo de esa segunda naturaleza con que acostumbra a relacionarse, sentimos alentar una inconfundible sustancia humana hecha de solicitud y respeto hacia nosotros" (...) "No es tarea fácil abrir esas vías clausuradas, suscitar esas virtudes adormecidas, convocar al hombre verdadero e invitarlo a colaborar en la recreación de un mundo verdadero". Será posible también a través de "peripecias límites": "la vida tiene a veces modos de interpelarnos que desharán de golpe las murallas que parecen más sólidas". ¿Dónde están los protagonistas de la autenticidad? ¿Cuáles son los componentes de esa autenticidad que permitirá reencontrar nuestro ser esencial? ¿Cuáles son las situaciones o las circunstancias poseedoras virtuales o potenciales? Se encontrarán en la cultura viva y no en la aprendida; en los conflictos y alternativas de cada uno vividos plenamente y "no en la literatura que dan ocasión". En las individualidades menos "desnaturalizadas" por la superposición de elementos de otras realidades que ajenizan del propio mundo y de sí mismas. En la pequeña comunidad, en el grupo reducido. En todos ellos priva "lo espontáneo, orgánico, originario, natural contra lo mecánico, racional, yuxtapuesto, impersonalizado"(7).

En ellos, en dialéctica relación con ellos, en la que es menos gravosa o lesiva, limitante o frustrante la acción enmascaradora de la "realidad que nos dan" —faragosa de actos inauténticos— será posible abrir "las vías clausuradas" hacia relaciones auténticas y personalizadas con seres verdaderos y con el Ser. No de una vez y para siempre, sino —reiterémoslo— en la

tensión agonista entre lo inmediato y el afán de absoluto, en la angustia ante el momento fugaz e irrepetible y la búsqueda de la permanencia(8). En circunstancias concretas como las expuestas, se encuentra "la presencia feliz y sabrosa de lo inmediato"; "la fuerza casi mítica de la realidad inmediata" así como "la fuerza concentrada de los caracteres y de las pasiones, el sentimiento de las potencias y de los lazos irracionales de la vida". Allí se integran las relaciones con el hombre ordinario que "es el verdadero hombre extraordinario". A modo de culminación: "lo cotidiano es la morada sorprendente de la eternidad"(9). En estas condiciones, con seres simples, puros, incontaminados, ligados a una realidad como ellos, a su medida, se plasmará una relación integral, auténtica, asumida por vías no racionales o discursivas. De allí que, en esta vertiente, Lockhart integre la concepción de Henri Lefebvre sobre la vida cotidiana como escenario donde los hombres se apropian de su propia naturaleza: "oblicuos y esquivos los dioses moran allí donde la inquietud de nuestras manos y el fervor de nuestro yo despiertan en el fondo de los seres y de las cosas su más genuina promesa"(10). Este mundo y estos seres se conservan en las situaciones menos afectadas por las inauténticas yuxtaposiciones de la Modernidad, donde la Tradición, en su concreta, histórica dimensión pueda aflorar ante disponibilidades y actitudes adecuadas. A modo de culminación, como corolario o toque final, como un gran círculo que abarca y completa los sectores del pensar, surge la actitud religiosa. Religiosidad que en definitiva, sintetiza del modo más cabal ese tenderse-hacia la reconquista de una nueva, plena y realizadora integración dinámica con hombres y cosas. Esta

lucha por re-ligarse, concreta también, desde su temporalidad, el reencuentro con la unidad y eternidad de la historia del ser. Esta marcha del pensamiento conduce la atención hacia el pasado, hacia la historia.

V - LA HISTORIA PARA "REGRESAR A LA MAS INTACTA ESENCIA DE NUESTRO SER"

Mercedes, "ciudad del interior en que elegí vivir" (WL, 1979); el "pago soriano que el destino le escribió para teatro de sus empeños" (Real de Azúa, 1969) han constituido, constituyen para WL, "fecunda incitación". El pasado regional como objeto de estudio, sus elementos específicos, sus valores de immanencia y trascendencia, están claramente delineados en la producción de nuestro autor. El pasado vive, aunque aliente una vida asordina. Exige se le recupere yendo a su encuentro, se le incorpore a nuestra actualidad. "Cuántas cosas, en el pueblo en que vivimos, nos hablan del pasado". Luego, el descubrimiento de los "Indicios": "tuvimos, para ello, que recurrir a la lenta memoria de los viejos, detenernos largamente ante muros ruinosos y rejas centenarias, deambular entre antiguas casonas derruidas y dejar correr nuestra imaginación ante esos dispersos vestigios del pasado. Fue entonces, cuando, por dar más cumplida razón de tales indicios, se nos hizo necesario requerir y escuchar la silenciosa voz de los archivos"(11).

"Tales indicios"; "debemos exhumar indicios". Indicio: signo aparente y probable de que exista una cosa. Estos signos requieren aplicación, actitud creadora

ru y elaboración para que no queden sólo en "manifestaciones exteriores más verificables"(12). Es necesario "enaltecerlos para configurar con ellos estructuras con las que habremos de mantener entonces una relación dialéctica; nuestro quehacer recupera así, como Anteo al pisar tierra, su confianza en lo que es". El contacto con el pasado religa a un manantial de vida, revigora, porque incorpora a lo atemporal posibilitando el reencuentro con su propio ser, ínsito en la multidimensionalidad del tiempo y del espacio.

"De aquellas hojas amarillentas nos llegó entonces la relación reveladora, la sugestión de una actitud vital inconfundible". A tal punto se viene siendo en el pasado, que se va a su reencuentro (en rigor), porque esa propia, intrínseca condición, configura solicitud, apremios que es imposible no atender o postergar. Los elementos expuestos conducen a esta toma de conciencia: "de tal manera, nació en nosotros una predisposición ya insoslayable. Pero fue por sobre todo una singular revelación de sentimientos que llevábamos en nosotros mismos, semi-olvidados, pero indeciblemente vivos, la fuente más segura de estas evocaciones; o más precisamente, la emoción que le dio relieve y coherencia a todas esas cosas que nos afanábamos por reunir con tan desordenado empeño"(12). El hombre es, por esencia, depositario de una memoria total, síntesis individual, circunstancial, temporal, microcósmico resultado y proyección de la totalidad atemporal. Ello y el aguijón sagrado de la humana autenticidad —presente, pasada— intensamente conservada en la realidad de la ciudad del interior, ponen a WL en trance de historiador. La tarea llega a colmarse de sentido. El rescate y el rescatarse, integran a un

(7) CARLOS REAL DE AZÚA, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, p. 538.

(8) y (9) Conceptos ampliamente desarrollados en *El Uruguay de veras* y artículos publicados en "Asir".

(10) WASHINGTON LOCKHART, *Dos formas de la infidelidad*, en "Asir", N° 34.

(11) WASHINGTON LOCKHART, "El País", edición del 22-7-1962.

(12) WASHINGTON LOCKHART, "Asir", N° 36.

mundo que "procuraba nuestra más natural y reconfortante residencia" (13).

VI - EL POR QUE DE UNA TEMATICA

"...aquel Máximo Pérez, caudillo analfabeto, matrero convertido en gobernante, de quien parecía haber provenido todo lo bueno y todo lo malo de que parecía haber noticia en este mundo". La trama de los sentimientos y emociones pueblerinos, la riquísima urdimbre de sus relaciones humanas —cuyas falencias WL no ha dejado de señalar— parece remitirse, por interpósitas personas, a una exclusiva fuente generadora. ¿Qué es lo que conserva esa versión de la causalidad de "todo lo bueno y todo lo malo"? ¿Qué fuerza misteriosa ha emanado de aquel personaje al que se atribuye tanto? ¿Qué vehículos mantienen viva esa reminiscencia explicativa? "Sin duda aquel Máximo Pérez, analfabeto de la letra escrita, dio peso a su presencia por la amplitud efectiva con que asumió su circunstancia, trasmisor de tradiciones que operaban en él sin mediaciones ya elaboradas, inserto cabalmente en el presente que le correspondía". Este fragmento expresa como pocos, en su rigor y precisión terminológicos, una vasta y muy coherente concepción. Constituye iluminadora síntesis de una concepción del acontecer en el que se atribuye relevancia singular a la continuidad espiritual y, a la vez, una expresión de criterios jerarquizadores de la materia histórica, al postular cuáles son las figuras que "hacen historia", así como las razones de esa cualidad o capacidad. (Repárese, una vez más, en la coherencia de esta definición respecto de la concepción general).

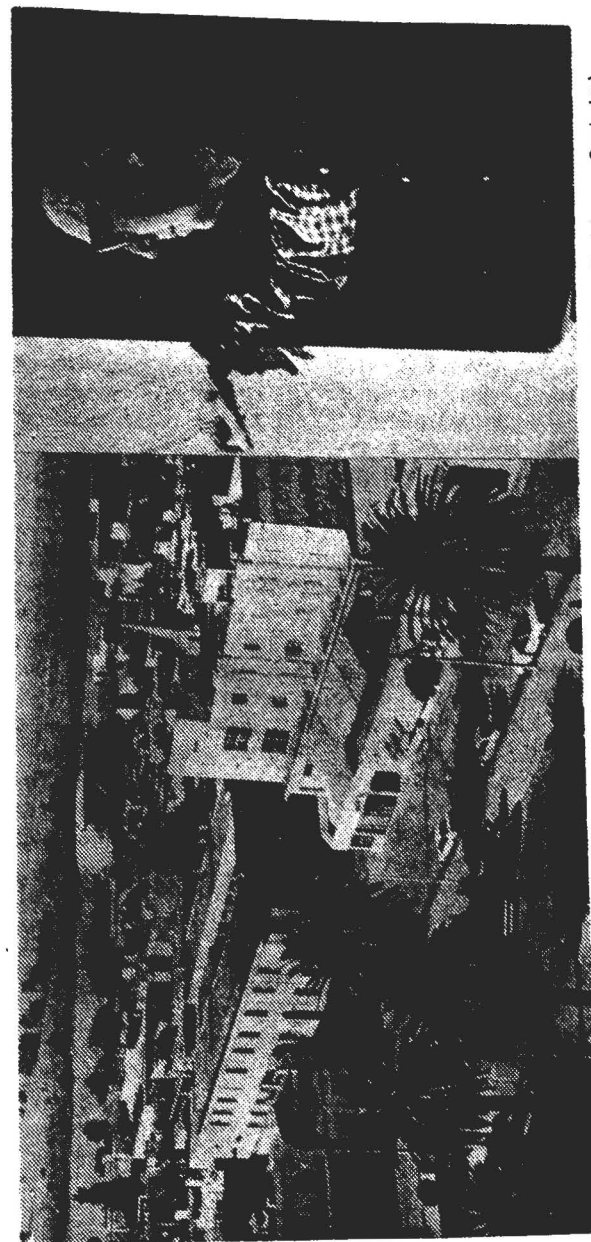
A lo expuesto y como confirmación

de los criterios anteriores, agréguese lo siguiente: "Es en figuras como las del caudillo de Soriano, síntesis y expresión cabal de una región y de una época, en donde pueden rastrearse muchas de las más significativas determinaciones de nuestro proceso nacional". El conocimiento de una época, se agrega, — sólo puede lograrse, a través de algunos personajes que la "encarnen". Sólo de esta manera podrá captarse su "viva vigencia". ¿Por qué los caudillos regionales encarnan una época? Porque "ese gaucho analfabeto, con su mundo estrecho pero armónicamente estructurado, ese gaucho que en cada gesto y en cada palabra expresaba su naturaleza inequívoca, cultivada por donde se debe cultivar, a través de un enfrentamiento sin subterfugios con los elementos pertenecientes al mundo de que forma parte" es un hombre auténtico en un mundo aún no desnaturalizado por superposiciones ajenas y ajenizadoras. "Y aún en sus rudezas, en lo que llamaron sus 'crímenes', aflora su consecuencia insobornable".

"Nuestra realidad verdadera caminaba sobre alpargatas..." "Desde Montevideo podían diseminar ampulosas, eruditas loas a la civilización; pero era en Mercedes, en el pueblo que rodeaba y aclamaba a su caudillo, en donde se la estaba sirviendo con auténtica visión, con sentimientos no-sofisticados, al nivel del hombre que sabe lo que quiere y que no trepida en jugarse por su causa".

"En medio de la desmembración social en que vivía, la figura desafiante y veraz de un Máximo Pérez adquiría, por contraste con aquellos blandos ideólogos, una fuerza que congrega las voluntades desorientadas, garantizándolas con su carácter entero y sus actitudes sin ambigüedades".

"...figuras como la de Máximo Pé-



El cronista y el pago: Lockhart y la Plaza Independencia de Mercedes. (Foto de Héctor Rodríguez Cacheiro).

(13) LOCKHART, "El País", edición citada.

rez... sólo podemos comprenderlas luego de constanciarnos con la realidad de la que surgieran como un producto natural. Sus virtudes y sus defectos fueron los que tenían que ser, su moral la que correspondía a su circunstancia y a su época"⁽¹⁴⁾.

Destacando el "valor representativo de Galarza": "si algo nos atrajo de Galarza, fue así su capacidad para hacer lo que tenía que hacer, tal vez lo mejor que podía hacer, dada la circunstancia en que vivió". Más adelante: "empezó por encarnar una conexión estrecha con su medio". Ellos eran los hombres auténticos, personalizados y asumían auténticamente la realidad, se realizaban, realizándola. Modificaban su mundo y se constituyen hoy, por ende, en la más fidedigna expresión humana, histórica de su medio y de su época. Este es el punto de vista lockhartiano acerca de la significación de los caudillos como temática histórica de primerísima importancia. Plantea, agudamente, que para la debida comprensión y asunción de nuestro pasado éste es el tema de los temas. Por todo lo expuesto, no hay historia más verdadera (valga la expresión) que la protagonizada por hombres tan auténticos, tan plenamente realizados en ajustada relación con su medio. (En puntos como el tratado, destaca la impronta del pensamiento de Simmel. Este autor recorre en varias direcciones la obra de WL). No obstante, cabe acotar también en este lugar, otros fundamentos de esta elección temática de notoria incidencia sobre la investigación y la reflexión de nuestro autor. Forman ellos una serie de conceptos que permiten distinguir y ubicar una singular vertiente revisionista. Todo lo considerado en la parte inicial del presente trabajo y su integración con lo expuesto en último término, validan la

inserción de la producción de WL en estos parámetros sintetizados por Real de Azua: "el exterminio de las rémoras de lo tradicional frente a una "integración" que hubiera aunado hacia una evolución armónica e inteligente lo moderno y lo tradicional, representa un dilema histórico respecto al cual la posición que el historiador adopte representará algo así como la perspectiva irreductible desde la que juzgará y reconstruirá el proceso de la decadencia del caudillaje..." "Vale tal vez la pena precisar que la posición ante ese dilema de que se hablaba, difícilmente resultará del examen del material histórico empírico sino de una postura personal, global e ideológica que la experiencia del conocimiento histórico sólo fortalecerá, aunque poco más en uno u otro sentido"⁽¹⁵⁾. Ubicase mejor en este marco y esclarece la comprensión de los aportes de nuestro autor, su transcripción de Martí: "El genio hubiera estado en hermanar la vincha y la toga", o aquella otra que tras la apariencia de acotación lateral, adquiere sentido fundamental: "Si es preciso, pues, reemplazar un prejuicio con otro —ya que alguno es siempre necesario—, elijamos entonces el que esté más de acuerdo con la realidad correspondiente en la que se desarrollaron los hechos". No puede inferirse de lo dicho que todo ello dará lugar a la elaboración de una "histoi-ré-á-thèse". Pero quedan claramente establecidos los motivos que —desde otro ángulo— conducen a nuestro autor a investigar y ahondar temática tan definida, tan conflictiva y con tantas proyecciones en la vida uruguaya y americana. Queda también establecido que su interpretación de tales procesos y personajes debe ser referida a posturas filosóficas muy personales pero que se integran en armónica concepción.

Otro tema: la evolución de Soriano. He aquí el significado atribuido: "Dicho proceso, que se me apareció como expresión sugestiva de un largo e incontaminado analfabetismo, me permitió reconocer con pureza infrecuente el surgimiento de disposiciones esenciales, falencias y virtudes netamente humanas, una especie de génesis en segunda instancia, venero, como tal de descubrimientos incesantes". Aun a riesgo de subrayar lo obvio, atiéndase lo reiterativo del rasgo de analfabetismo, como requisito o condición de ser histórico de extraordinaria virtualidad. Casi diríamos que el ser, sustancialmente analfabeto (por oposición a la distorsionadora ilustración moderna) asegura verdad humana, autenticidad histórica. Es lo que permite la interacción de seres no mediatizados, no intelectualizados.

VII - UN METODO Y SUS FUNDAMENTOS

Referidos, acotados y ordenados, los conceptos que enmarcan la proyección de WL hacia temática bien determinada y definida; puesta en evidencia una organización interna coherente, de clara permanencia, corresponde abocarse a la elucidación de sus parámetros metodológicos y de sus mecanismos así como de sus fundamentos, explícitos o implícitos.

A) Ha sido clarificada ya la alta significación asignada al testimonio oral. No obstante, en este caso adquiere nuevos alcances. La supervivencia "en la lenta memoria de los viejos" de una dimensión legendaria, diríase, casi sobrenatural de la omnipotencia creadora de hombres plenos, auténticos, traspasa los límites de lo que para el caso podría designar-

se "mero testimonio". La real testificación, latiendo en otro, el que se hace nencia de la acción histórica de un hombre sobre otros que surge como "representación". Lo más testificador es el vivo sentimiento operando como "proyección", latiendo en otro, el que se hace vehículo de una plenitud ajena. Lo demás es aquello que sólo resulta del inevitable tamiz intelectual. "Manejado con la necesaria prudencia, tal testimonio me ha permitido en más de un caso exhumar una auténtica expresión de vida bajo la mesura e hipocresía del documento. Pude así, en tales casos, constanciarme con el hombre y con su circunstancia verdadera, con ese hombre que si pudo ser a veces deformado por fantasías inverificables, nos ha servido aun entonces para descubrirnos una predisposición afectiva general, al procurarnos una ocasión para que se evidenciara por su intermedio apetencias e inclinaciones latentes en su tiempo. Y es de este modo, precisamente, que la presencia legendaria de nuestro personaje nos hubo de resultar en todo caso más reveladora que la de ese hipotético hombre de carne y hueso de cuyo paso por el mundo no quedan otras huellas más veraces a las que recurrir". "Nuestro héroe tuvo que ser así" —se agrega— "más verdadero tal vez de lo que fue en su vida verdadera. Y quiso nuestra suerte que el Máximo Pérez más verificable coincidiera casi milagrosamente con la figura que le atribuyera la fantasía popular".⁽¹⁶⁾ La explicación del valor que como fuente de información se atribuye al testimonio oral, resulta harto suficiente, así como sus fundamentos y alcances. (Atiéndase, reiterémoslo, la validación superior del alcance trascendente propio, inherente a la conservación testimonial.)

B) La actitud para historiar. Como vía de natural continuidad con lo anterior,

(14) LOCKHART, "El País", edición citada.

(15) CARLOS REAL DE AZUA, *El Uruguay como reflexión*, "Capítulo Oriental", Nº 37.

(16) WASHINGTON LOCKHART, Máximo Pérez, caudillo de Soriano. Prólogo.

resulta indispensable e inevitable una relación positiva con el objeto de estudio: "convivir simpáticamente con el personaje"; "no pude dejar de sentir —y sin ello, creo, nada hubiera podido hacer— una profunda simpatía con la personalidad de nuestro biografiado".⁽¹⁷⁾ No dejan de advertirse los riesgos que tal actitud implica: "No sé si he llegado a imponerle al relato de su vida un sesgo interpretativo demasiado definido. Fue a conciencia, eso sí —y hasta me atrevo a invocarlo para descargo—, que no quise sujetarme en esos casos a falsos pruritos de objetividad, pensando con Goethe, que aquello que se describe sin amor no vale la pena que sea referido".

C) La base documental. Asiduo interrogador de numerosos archivos, WL ha valorado tal fuente de información (especialmente cuando se trata de temas nunca abordados) del modo siguiente: "Atenerse al documento y al informe, no omitir prácticamente nada de lo así registrado, desplegar el mazo completo de todo lo que llegara a nuestras manos sin apurarnos por someterlo a interpretaciones o teorías".

D) La crítica documental: "No se encontrará una sola línea que no esté refrendada por documentaciones o testimonios de irrecusable validez".

Los límites del documento: la vida puede estar enmascarada "bajo la mesura e hipocresía del documento". ¿Cómo trabajar con el documento? "Con un fervor que, sin atenuarlo o desvirtuarlo en ningún punto, le procure un sentido más íntimo y humano". Más adelante: "impregnándolos con esa compenetración afectiva que, como lo señalara Simmel, constituye el aglutinante necesario y decisivo de toda reconstrucción histórica valedera".

VIII-ASPIRACIONES Y PROPOSITOS DEL HISTORIADOR

Fundamental y prioritariamente una "intuición recreadora del pasado". Ello permitirá "resucitar a un personaje y a una época"; hará posible "una reconstrucción tan amplia y coherente de sus vidas como sea necesario para compenetrarlos de su sentido peculiar y de su carácter representativo". Más adelante: "La recuperación de una vida concreta y del clima en que se desarrolló". ¿Cómo lograrlo? ¿En qué medida es posible? Señalado el valor atribuido a las fuentes orales y documentales, resulta sumamente clarificador ubicar la significación asignada, de modo general, a la abundancia y acumulación de información. Las aspiraciones mencionadas más arriba imponen la "minuciosidad", la acumulación de "referencias al parecer intrascendentes". Para el caso, tal actitud, tal norma, significa una valorización de lo fáctico que va más allá de la propia al espíritu de amplia visión y de afán exhaustivo (aunque las implica). Constituye una consecuencia, una resultante lógica —coherente y armónica— de las postulaciones básicas del autor: la real, auténtica, plena realización humana (histórica) se concreta en las acciones o momentos en los que se puede "ser todo lo mejor que se podía hacer". Instantes privilegiados, que se crean en las situaciones o circunstancias de apariencias menos heroicas, majestuosas o espectaculares. Por el contrario, la minucia que puede aparecer desdeñable (por su alcance restringido: espacial, temporal, personal) entrañará seguramente, la más auténtica expresión de humanidad. Por ende, la más elevada y digna materia prima del acontecer. Una reafirmación de este aserto fue proporcionada por WL en comentario a una conferencia dictada por Alfredo Lepro, en

Mercedes, en agosto de 1976. En él, al referirse a la expresión de Lepro acerca de "que detenerse en los emprendimientos locales" (de Galarza) supone "una valla para el juicio" escribía: "Creemos, al contrario, que en muchas de esas "minucias" se revela el verdadero perfil del hombre y del caudillo, en su solicitud y entrega a la pericia ocasional, en esa disponibilidad por la que llega a conquistar la admiración y el reconocimiento de quienes se ven asistidos por un semejante sensible a sus problemas, y capaz de tomar prontas y decisivas determinaciones".⁽¹⁸⁾

Parece innecesario subrayar, por obvio, el significado, el valor de la conservación y recuperación de lo fáctico (aún en sus más modestas expresiones). No obstante, destacado el motivo esencial de su inserción y ubicación dinámica en la concepción de WL; señalado el valor que en ella adquiere tal jerarquización de lo episódico, anotemos que surge también como reacción y prevención contra esquemas interpretativos totalizadores que, armados de todas las armas, a priori, optan por desdeñar ciertas dimensiones del acontecer, las jerarquizan a partir de asimetrías pre establecidas o embretan en sus sistemas, a presión, hechos de conflictiva interpretación. Estas precisiones y un importante número de publicaciones sobre variadísima temática regional, no permiten abrigar dudas respecto a la posición del historiador ante el acontecer. Sin embargo, no puede dejar de señalarse que, muchas veces, tal actitud ha conducido al tratamiento de temas de una "petite-histoire" que se reduce a simple pintoresquismo pasatista, cuando no a una factografía de impronta más bien arqueológica que histórica. Acotemos que todo esto ha contribuido —contrariando sanos propósitos y buenas intenciones— a convalidar e intensi-

ficar una interpretación y un juicio acerca del historiador y su tarea y, por ende, de la Historia como disciplina que les ha restado jerarquía y distorsionado la aprehensión de sus respectivas reales naturalezas y funciones. En el sobreentendido de que "todo es historia" (Historia: la confusión de siempre entre acontecer y conocimiento) sólo se trata de conservar y destacar recuerdos, anécdotas y personajes lugareños de pintoresco atractivo y de oficiar de cronistas de sus privadas peripecias.

IX - SOBRE OFICIO Y OFICIANTES

Los desarrollos anteriores, de sustantiva significación en el quehacer historiográfico de WL, se entrelazan clara y orgánicamente, con múltiples reflexiones acerca de la historia acontecer y de la historia conocimiento. Así, pueden encontrarse conceptos como estos: "es evidente que el historiador, desde Marx y Engels, no puede ya abordar la historia como un escenario en donde ideas auto-suficientes, libertad, civilización, u otros ideales morales o religiosos más o menos fantasmales aparezcan y desaparezcan al azar de sucesos y personalidades de intervención providencial. Aunque esos ideales pueden operar, y operan, desde las psicologías de los que creen en ellos, nadie puede negar ya que el decurso de las cosas humanas se sustenta en réplicas y contradicciones en cuya base —cómo negarlo a esta altura— las relaciones de producción tienen por lo menos un valor preponderante". Es éste un esbozo de definición de las dimensiones del acontecer, una concepción acerca de sus relaciones de incidencia. Se avanza luego, más específicamente: "la flagrante primacía del poder económico deriva

(17) WASHINGTON LOCKHART, *Vida de dos caudillos*. Los Galarza, pág. 183.

(18) WASHINGTON LOCKHART, "Acción", Mercedes, edición del 1-8-1976.

del modo en que nuestras necesidades primarias determinan nuestras relaciones con las cosas pero nada obliga —creemos— a convertir lo que no es más que un indicador privilegiado en nada menos que una explicación".

Acerca de la objetividad y la "idea previa": como los historiadores marxistas saben en efecto que el proceso social sólo va adelante al impulso de alguna contradicción interna, no tienen ojos sino para lo que entienden como incluido en tal contradicción. La falta de objetividad, así, nace sola, casi angélicamente, pues lo que no forma parte de la contradicción motriz no lo ven. No es que lo desechen; sencillamente no lo ven. De tal modo, todo les confirma su idea previa, pues se saltan olímpicamente lo que podría aparejar alguna clase de planteo incongruente con sus inexpugnables tesisuras".

Acontecer y conocer: "Ni el hombre ni la historia caben en ninguna ciencia, aunque sí la ciencia en el hombre y aunque la ciencia sea indispensable para demitificar y recuperar un dato limpio y verdadero". El suceder no puede alcanzar la categoría de conocimiento porque "no se dan las condiciones, de observación y de experimentación, como para que pueda hablarse con propiedad de conocer". Como corolario: "la historia está tan lejos de poder ser ciencia como lo está el Universo en su totalidad..."; "la explicación científica sólo tiene sentido dentro de orbes abarcables..." Cuestionando la actitud del historiador que ve condicionada su labor por preconceptos pregunta: "¿Hasta qué punto al aceptar el imperio de la necesidad dialéctica conservan una disponibilidad crítica que les permita calibrar, sin forzarlas, las eventualidades en que dicha necesidad se manifiesta? ¿Hasta dónde asumen la

imprevisibilidad del momento vivido? ¿En qué grado logran redescubrir lo peculiar, avanzando con él, discriminando sin anteojeras lo que fue congruente con el proceso, de lo que fue distracción, retroceso o detención?"⁽¹⁹⁾ (Sugerimos la confrontación de estos conceptos críticos de WL con las formulaciones de George Simmel en "Problemas de filosofía de la historia", página 177 y siguientes).

Con motivo de publicaciones sobre historia nacional: "Que la historia esté siempre por hacer es un buen argumento para tratar de hacerla ahora, con toda la presunción pero también con toda la modestia que para el caso se requiere. El momento es además propicio, abiertas ya picadas importantes por estudios recientes, y amontonadas a un lado malezas a las que no queda más que prender fuego". Una clara conciencia del proceso de conocimiento del pasado y de la responsabilidad que asume el historiador. (La figura empleada para calificar el estado actual del material historiográfico, evidentemente, no resulta del todo feliz). Una valoración particularizada expresa otro ángulo del pensamiento de WL acerca de la evolución de nuestra disciplina: "Rosas —para su bien— y Flores —para su mal— son dos ejemplos relevantes de una revisión que desmisticifica en efecto buena parte de una historia oficial desatenta al trasfondo económico— social determinante, sin el cual todo se reduce a un mero juego de personalidades casi siempre sofisticadas. Todos y cada uno de los períodos históricos aparecen revelados aquí en su meollo decisivo, facilitando, por su misma brevedad, una vista de conjunto como no podría lograrse de otro modo". Las visiones sintéticas presentan, sin embargo, algunas desventajas: "corresponde en efecto dudar si una historia, de apu-

ro, por bien predigerida que esté, contribuye a crear una conciencia comprensiva y abierta, y si no se haría camino con más íntegra verdad procurando visiones más particulares pero sin tanta mutilación, impregnándolas de ese calor y conflictualidad que pueden darle valor de experiencia, aunque puedan perderlo como proyectil".

Acerca del pasado reciente: "la historia llega hasta el momento actual, y aunque ya se sabe que en tales casos tiene necesariamente a quedarse en crónica, el autor logra hacerla empalmar, obviando la perspectiva que le falta, con la totalidad del proceso".⁽²⁰⁾

Los conceptos extractados y transcritos conforman —junto a los expuestos en párrafos anteriores— el marco teórico conceptual de la elaboración historiográfica de WL. El hecho de haber sido formulados circunstancialmente, a modo de criterios críticos y de evaluación de otros esfuerzos y no en un cuerpo de expresa y ordenada reflexión teórica o filosófica, no los invalida en lo más mínimo; ni siquiera limita sus alcances como cauce para completar la interpretación de la producción de nuestro autor. Al contrario enriquecen nuestra comprensión en la medida en que resultan, por un lado, coherentes con las consideraciones de base y por otro, iluminan nuevos ángulos de la visión lockhartiana del suceder y del conocer históricos.

Acerca de las posibilidades cognoscitivas de la Historia respecto de las que se hallan expresiones tan precisas, es innecesario abundar. No obstante, resultará sustancialmente revelador del encierre más íntimo y más irradiante de sus prevenciones y reticencias respecto a los alcances vitalmente totalizadores que se anhelan de las visiones y asunciones del pasado, tener presente la limitación que

les asignaba Vaz Ferreira. Lo que la historia nos acerca son los actos y no lo que constituye lo mejor de los actos: los sentimientos. Seguramente WL suscribiría este concepto. La historia de las ideas, por ende —a modo de sustantiva ilustración— configura un campo cognoscitivo o explicativo de lo humano de alcances sensiblemente limitados o relativizados. En las ideas, por, o desde las ideas, puede negarse o dificultarse el reconocimiento de las personas. Este momento del pensamiento de WL ofrece un vivo testimonio de la tensión y el dramatismo que atormenta su vitalismo de afán totalizador y trascendente, acuciado por las prevenciones, angustiado por los límites, desconfiado de las posibilidades de los medios racionales. Los altos propósitos del historiador, en el amplio marco vital del hombre en busca de plenitudes, implicados y condicionados por los parámetros filosóficos que cimientan su visión y proyección mundanas: la asunción del auténtico pasado a través de la relación dialéctica con "estructuras de sentido", que hagan posible la recuperación de la vida en las expresiones humildes, pequeñas, singulares, exijan vivir la "experiencia de lo histórico". Si de lo que se trata es de recuperar esa singular continuidad y herencia de lo anímico y si ello está siempre en un "más allá" de los actos, se exige la búsqueda ahincada de un "algo más" que acerque, emocionalmente, al pasado vivo y haga posible su recuperación experimental. Este es el momento en que el historiador, que solo cuenta palabras pero que anhela el "verbo" acepta, resignadamente, la letra y tuerce el cuello a la literatura. Esta actitud o condición va mucho más allá —a mi juicio— que el principio goetheano de las descripciones hechas con amor o el de la compenetración afectiva que exigía Simmel. Atiéndase si no al resultado o culminación

(19) WASHINGTON LOCKHART, "Marcha", edición del 30-4-1970.

(20) WASHINGTON LOCKHART, "Marcha", edición del 16-2-1973.

que, según WL proporciona el vivir "la experiencia de lo histórico". "Cerramos el volumen, pero sentimos que ya no nos abandonará más; esos hombres y esas circunstancias forman parte ya de nuestra vida".⁽²¹⁾ ¿Qué elementos configuran y dotan —aparte, obviamente de la materia histórica misma que ya sabemos por qué razones han sido seleccionadas— de singular riqueza, una elaboración del pasado, para asegurarle un trascendente poder o capacidad?

(WL aprobaría que ordenáramos sus reflexiones sobre este punto siguiendo la evocación de Bergamín: la palabra nace del estremecimiento, de ese "se sentir" que es "lo que vale en el hombre" (Goethe); lo que enaltece y confiere supremo valor a sus acciones y pensamientos). En primer lugar, "el tono": "ordena y da a las palabras y a las frases un lugar, modestamente preciso, sin buscar nunca más allá de su función por todos admitida"; hace posible "disponer las percepciones y los objetos en relación vital con su sentido emocional". Atiéndase, en la transcripción subsiguiente, el enorme alcance del proceder mencionado: "aunque su tema es la heroicidad, Ribero no recurre jamás a la exaltación gratuita ni al subrayado agorero: la heroicidad recobra así esa raíz humana tan desvirtuada por los libertinos del endiosamiento; su héroe es el hombre, tal como lo conocemos, tal como podría serlo, como en potencia lo es cada uno de nosotros; sus pies pisan nuestro suelo lo que permite que su talla nos llegue a parecer, por momentos, humanamente sobrehumana".

Para comunicar "el poderoso aliento épico que movía aquella figuras legendarias" es suficiente una "recatada sobriedad" que puede, a la vez, "repro-

ducir la rústica reciedumbre del episodio". La experiencia podrá ser asumida, entonces, por todos los hombres y no sólo por "literatos refinados". La narración debe ir recuperando "hombres (no personajes) singularmente vivos, más fuertes que el lenguaje que los describe". El ajuste verbal y su significación para transmitir el propio "tempo" de toda íntima experiencia, emoción o sentimiento; la "sobriedad documental" que inscribe el acontecer "en la conciencia con la irrefutable contundencia de un hecho natural" hace sentir, vivir, recuperar y asumir de tal modo el pasado hasta experimentar que: "La moral se convierte en parte de la vida. La ternura y la fraternidad resplandecen puras y plausibles; detrás de la anécdota, son hombres, enteros y universales los que se agitan".⁽²²⁾ A modo de corolario sobre las características que necesitan las obras para hacer posible el acceso a "la experiencia de lo histórico": "Lejos de ser contradictorias, esas dos actitudes, la científica y la artística, son igual y mutuamente indispensables si pretendemos que la frialdad de los memoriales se convierta en historia candente y aleccionadora. La verdad histórica requiere, junto al frío escalpelo disector, la cálida y directa percepción del pulso de lo que fuera actualidad irremplazable; percepción que es, que debe ser, en parte ineludible, reconstrucción continuamente sujeta a caución y a revisión".⁽²³⁾

X - LA BIOGRAFIA, UNA CULMINACION

El pago soriano brindó a WL la oportunidad de dar cumplimiento cabal a sus más hondas predisposiciones, entre las que fue enraizando los conceptos ver-

tebradores de su concepción. Encauzó entonces sus inquietudes hacia la recuperación vital de "personas" que constituirían, según su criterio, auténticas expresiones de realización humana plena y, por ende, configurarían la más condigna representatividad histórica de diversas épocas de la vida nacional. Han sido expuestas y consideradas las razones —de diverso orden y filiación— de tal elección temática y tales enfoques. Corresponde indicar aquí, la significación de sus "planteos y aseveraciones" en lo atinente a los caudillos y al caudillismo como tema y problema crucial del país y de América.

Con toda lógica, el enfoque lockhartiano aporta una visión contrapuesta a la comprensión "principista" o "doctoral". "A ellos les debemos el arraigo que tuvo y tiene todavía entre nosotros el prejuicio pseudo-humanista de confundir la cultura con una superestructura agregada como un emplasto al fondo esencial de nuestro pueblo. Ignoraban esos metafísicos impenitentes, que la cultura viene de la tierra y de la estirpe, que no se conquista meramente con ideas, ni con un arsenal de conocimientos o doctrinas, sino ejercitando nuestras propias fuerzas, con todos los riesgos y titubeos que ello importa. Ignoraban la utopía inconvertible que supone ese saltar etapas; Ignoraban que antes de aplicar los códigos romanos, tenemos que aprender en carne propia a sufrir los conflictos que, luego, duchos en el oficio de vivir, harán recién necesarios y pertinentes dichos códigos. Un analfabeto como Máximo Pérez les llevaba en esto una ventaja indescontable, porque había puesto toda su energía en su vivir, y no solo no se desdecía con los hechos, sino que, incontaminado de todo falso conocimiento, nos permitía presenciar, en su más genuina altivez, la verdadera vocación de nuestra raza".

"Siempre creyeron que la cultura era cosa de letra más o menos, oficio de letrados, carrera, doctorado, o mera destreza literaria; el arte y la literatura eran medios de hacerse valer, de instaurar una aristocracia nueva y exclusiva, un recurso para argumentar superioridades sobre los valores viriles y comprometidos que exigían las circunstancias imperantes. Los principistas eran incapaces de concebir que la cultura no es otra cosa que la vida, apenas ésta se pone de acuerdo consigo misma, cuando conquista un estilo propio, aunque éste repugne a veces a los delicados. Aquellos lectores de códigos extraños estaban a mill leguas de comprender que infinitamente más cultos que ellos era ese gaucha analfabeto, con su mundo estrecho pero armónicamente estructurado, ese gaucha que en cada gesto y en cada palabra expresaba su naturaleza inequívoca, cultivada por donde se debe cultivar, a través de un enfrentamiento sin subterfugios con los elementos pertenecientes al mundo del que forma parte".

"Pérez no ignoraba empero nada que no tuviera un sentido cabal para su vida; leer y escribir en un medio donde el analfabetismo era una norma casi inevitable, no solía ser entonces más que un recurso para medrar a costa de aquellos virtuales incomunicados. Máximo no dejó, sin embargo, de reconocer que leer y escribir habría de ser un bien verdadero el día en que todos participaran de él, y así fue como bregó ardorosamente por fomentar una enseñanza que él mismo no había tenido ocasión de recibir. Se ponía así al servicio de una cultura que sólo podía concebir como promesa, pero no por ello renunciará a su propia cultura, tan rudimentaria como entrañada".

"Porque aquello que abarcaban los hombres de su clase —hombres que entonces eran legión— consistía, en lo esencial, en las cosas de la naturaleza,

(21) WASHINGTON LOCKHART, "Asir", Nº 37.

(22) WASHINGTON LOCKHART, "Asir", Nº 37.

(23) LOCKHART, Vida de dos caudillos... etc., pág. 14.

tal como eran capaces de verlas, de oír-las y de captarlas con sus propios sentidos, y tal como eran seleccionadas por sus necesidades reales. De ese modo, sus vidas se acompañaban con la naturaleza tal como se les ofrecía en inmediatez, puesto que todo lo que hacían era en función de las energías de ésta, revelando el valor humano de sus elementos sin contrariar su impulso elemental".

"Los hombres como Máximo Pérez, en cambio no conciben otro conocimiento que el que surge y se compromete con la acción; acción que consume con esa indomable energía que rodeaba sus decisiones de una aura magnética; y así es como en un año, con la ley o a sus espaldas, pudo realizar más obras que la realizada por sus predecesores en el medio siglo anterior".

Atribuimos a las páginas precedentes un valor suficientemente ilustrativo, diríamos paradigmático, del modo en que WL contribuye al enriquecimiento de la perspectiva para la percepción histórico-sociológica del caudillo. Resulta innecesario, a esta altura del trabajo, remarcar que más allá del alcance interpretativo —lógicamente cuestión discutible por dependiente de criterios filosóficos que traspasan las preocupaciones históricas del autor— una captación ajustada de la realidad nacional no puede desdeñar, bajo ningún punto de vista estos aportes. Otras páginas podrían ilustrar, desde otros ángulos, los asertos precedentes. No es necesario. Sólo se pretende orientar la atención hacia los tramos en que la ordenación del material informativo da lugar a la explicitación interpre-

tativa, a sus fundamentos y conclusiones. Culmina de este modo la consideración de WL historiador. Se ha procurado marcar claramente la unidad y continuidad de su pensamiento organizado por conceptos que operan como guías permanentemente actuantes. En tanta página escrita, sobre muy variada temática, no es difícil hallar contradicciones o desfasecimientos. Sin embargo, no son esos elementos los que explican una obra y, mucho menos, los que la hacen perdurable. Al contrario, la relevancia historiográfica de la producción de WL reside, sustancialmente, en la coherencia y en la fidelidad a una visión y a una actitud vital que, enriquecida y matizada permanentemente en su estructura basamental, se ha mantenido, lúcidamente, idéntica a sí misma. Sus calidades no están en discusión. Sus enfoques, sus premisas y sus conclusiones e inferencias lo están. Deben estarlo. Máxime cuando el propósito de este trabajo ha sido mostrar las correlaciones entre distintas vertientes del pensamiento de WL que iluminan mejor el conjunto, muestran sus recíprocos condicionamientos y exponen a un cuestionamiento más global toda una concepción. Creemos haber contribuido a la comprensión más cabal de una singular línea de elaboración historiográfica y a poner en primer plano sus valores perdurables. Si de ello, por añadidura, resulta el rescate integral del ser humano que en este hacer ha volcado mucho de lo mejor de su vida, se habrá obtenido mucho más que un avance intelectual. Se ha hecho, honestamente, un intento de traducir su personal verdad. Serán saludables, siempre, las "encuestas que pretendan descifrarla".

TESTIMONIO

De enseñar matemáticas, a reconocer en la literatura y en la historia una ampliación vital y cultural indispensable, el camino a recorrer en Mercedes, ciudad del interior en que elegí vivir, fue breve, aunque no siempre fácil. Y claro que, no aprendí como ningún afán de especialización, prevaleció en tal trecho la necesidad sencillamente humana de conocerme y conocer mi circunstancia, en un presente imbuído él mismo de pasado y de futuro. Soriano, en este sentido, llegó a ser para mí fecunda incitación.

Sin sentirme pues historiador de oficio, algunas conversaciones con antiguos vecinos empezaron por despertar en mí una curiosidad creciente, suscitada en especial por aquel Máximo Pérez, caudillo analfabeto, matrero convertido en gobernante, de quien parecía haber provenido todo lo bueno y todo lo malo de que parecía haber noticia en este mundo. Al poco tiempo, y concurso mediante, M. Pérez se me convirtió en tema de investigación y estudio, y centro, en consecuencia, de muchas otras realidades históricas conexas que debí forzosamente transitar, pues bien advertía que eran indispensables para completar satisfactoriamente estructuras de sentido.

Fue así que debí abordar, como surgente de toda explicación, la muy significativa etapa del poblamiento inicial y del desarrollo de Soriano, como doctrina de indios primero y luego como foco de expansión económica y social, a través de enfoques cuyo alcance debí ir ampliando consecuentemente. Dicho proceso, que se me apareció como expresión sugestiva de un largo e incontaminado analfabetismo, me permitió reconocer con pureza infrecuente el surgimiento de disposiciones esenciales, falencias y virtudes netamente humanas, una especie de génesis en segunda instancia, venero, como tal, de descubrimientos incesantes. Encontraba lo que no se encuentra v.gr. en la historia de Montevideo, ciudad nacida por decreto real, como fortaleza antes de ser ciudad, para lo cual debió importarse un vecindario improvisado, en tanto Soriano fue primero pueblo y después, eventualmente, base militar, sin que en este caso el rey ni siquiera se enterara, según comunicara en nota dirigida al gobernador de Buenos Aires.

Como prolongación de aquel proceso de expansión vital, el que debió cumplirse forcejeando contra los poderes superiores de Buenos Aires y la Corona, será a comienzo del siglo XIX que se desarrollará la etapa de la liberación, la empezada en 1811 y completada en 1825, expresiones de un fervor autonomista que, en razón de los antecedentes ya mencionados, no podían dejar de manifestarse en la región. Máximo Pérez debía ser años después, como respuesta al autoritarismo doctoral y económico de Montevideo, un avatar del mismo impulso. Y cómo no ampliar entonces nuestro panorama incluyendo algunos tópicos coordinados, la prensa, la enseñanza, la medicina y, ya con pretensión más abarcadora, figuras como las de Leandro Gómez, Venancio Flores, Aparicio Saravia y los Galarza, tan distintas en tantas cosas, y tan igualmente uruguayas en cada una de sus actuaciones.

Heme pues, en trance ya de "historiador", si es que puede obviarse la dosis de dilettantismo cuya incidencia quise acaso aquí justificar. Sirvame de excusa, corresponde aclarar, que en mis trabajos no dejé de aplicar un rigor a la medida de mis posibilidades, utilizando cuantos repositorios y fuentes de información estaban a mi alcance, vale decir,

(24) LOCKHART, Máximo Pérez... etc., págs. 229 y 230; 232; 400 y 401.

los archivos locales (el del Juzgado Letrado y el Municipal principalmente), el Archivo General de la Nación y su homónimo de la Argentina, la Biblioteca Nacional y su hemeroteca, los archivos del Museo Histórico y del Estado Mayor y otros menores, amén de múltiples aportaciones que, para la historia local del siglo XIX, encontré en personas e instituciones de Mercedes y otros puntos. Por distintas circunstancias, algunas fuentes, como el Archivo de la Escribanía de Gobierno y Hacienda, del que apenas pude desbrozar un material que llegué a advertir profuso, no pudieron ser frecuentadas como lo deseaba.

Pienso sin embargo que, dentro o parcialmente fuera de los fines expresamente perseguidos, cupo una parte principal a esa necesidad que, naturalmente, va más allá de lo puramente histórico. Este secreto y esta aventura que es el yo y su necesidad de autoafirmarse, allentan en efecto, sin que a veces lo reconozcamos expresamente, ese afán de volver nuestra una realidad que no puede reducirse a la de este desvalido presente en el que cada uno se esfuerza por vivir. A la parsimonia de un presente que va e los tropezones, la experiencia de lo histórico, no bien la asumimos con la aplicación debida, nos permite sabernos más allá, incorporando razones que subyacen en lo que nos rodea y rehabilitando de ese modo su difusa latencia. Si se hace historia, es así en realidad por un ansia de vivir en un mundo de significados habitables. Y para ello debemos exhumar indicios, a fin de enaltecerlos para configurar con ellos estructuras con las que habremos de mantener entonces una relación dialéctica; nuestro quehacer recupera así, como Anteo al pisar tierra, su confianza en lo que es. Y aunque incluido en un "ha sido" y en un "será", esa unidad tolera e incluso requiere nuestra libertad. Así como la paloma de Kant reclamaba el aire en que apoyarse, nuestra capacidad de decisión ha de ejercerse en un medio de coherencia espacial y temporal. Somos ciudadanos de todo el mundo y de todas las épocas, integrantes de un campo cuatridimensional de donde emanan las conformaciones espirituales que nos rigen. Sin duda aquel Máximo Pérez, analfabeto de la letra escrita, dio peso a su presencia por la amplitud efectiva con que asumió su circunstancia, trasmisor de tradiciones que operaban en él sin mediaciones ya elaboradas, inserto cabalmente en el presente que le correspondía.

Responsabilidad más compleja cabe ciertamente a quienes pretendemos historiar. No es fácil señalar en efecto, en las encrucijadas del acontecer, las líneas de sentido relevantes, desde que somos a la par objeto y sujeto, estando por lo tanto implicados tanto en el hacer como en el especular. Si, en cuentas resumidas, sólo el espíritu tiene historia, ¿cómo hacerla auténticamente, si es además por nuestro propio espíritu, tan condicionado como está, que debemos establecerla? Que nuestras prevenciones estén pues a la altura de nuestras ambiciones.

Washington Lockhart.

Mercedes, 1979.